

ENRIQUE LAFOURCADE

Batalla contra el olvido

El escriba sentado, por Enrique Lafourcade. Ediciones de La Fourcade. Santiago, 1981. 250 pp.

Se expresa en voz baja, casi sin apartar los labios, intercalando "hums" cada tres palabras, lo cual da a lo que dice un aire clandestino, como de vendedor que ofrece drogas al transeúnte. Cuando habla, lo hace sin parar de mover los ojos, como invadiendo los de su interlocutor. Por timidez, afirman algunos; por mala conciencia, sostienen otros; mientras te habla ya está buscándote el lado ridículo para usarte en alguna historia. Dices que por lograr un buen chiste, una *boutade* ingeniosa, es capaz hasta de vender a su madre.

Desde que nació a la vida literaria, Enrique Lafourcade se ha esmerado en ser el personaje que a usted le gustaría odiar. Se le acusa de ser exhibicionista (intelectual, se comprende), una mezcla de Don Francisco y Raquel Argandoña. Se le llama un campeón del autobombo literario, lo cual no es ningún pecado: por qué el escritor no puede, como el fabricante de cualquier cosa, proclamar la bondad de sus productos. Sobre todo cuando trata de vivir de ellos.

En un extraño concurso para decidir quién es el menos simpático, se ganó el Premio Nacional de la Pesadumbre. Respecto a esto, se advierte que aquellos que votaron por él nunca leyeron sus novelas, menos aún sus numerosos artículos.

En los últimos años, Lafourcade ha venido dándose a escribir crónicas que hoy trata de rescatar de esa muerte inevitable a que está condenado todo lo que se publica en periódicos y semanarios. Como cronista, sabe que escribe para un público, el cual —al decir de Alosne— está siempre

generosamente dispuesto a olvidar el día lunes lo que leyó el domingo. Por lo tanto, esta empresa de salvar una crónica, metiéndola en un volumen, es una aventura contra el olvido, la batalla contra lo pasajero. Y también la verdadera prueba de resistencia de materiales a la cual la somete el autor para demostrar su vigencia.

Primero fue *Nadie es la Patria*; ahora, *El escriba sentado*, selección de artículos que había ido publicando, entre 1979 y 1980, en la revista *Qué Pasa*.

El escriba sentado. ¿Título adecuado? ¿Es Lafourcade uno de esos funcionarios del antiguo Egipto, cuya tarea era copiar, pasivamente, los dictados de un amo? ¿Se trata de un hombre que mira el acontecer descansando en sus posaderas? Título discutible, inspirado acaso por un arrebatado de excesiva modestia.

Como escritor, como cronista, Lafourcade es un fenómeno que hoy no puede pasarse por alto. Está presente. Cada vez más

presente, para bien o para mal (y más para bien que para mal), porque ocupa el vacío que dejó la desaparición de un Joaquín Edwards Bello, y que otros, por negligencia, por falta de talento o por comodidad, se han negado a llenar.

En esta colección de crónicas toca varias cuerdas, algunas amables —semlantes de personajes, evocaciones y recreaciones de figuras y espacios—, otras en las que manifiesta su capacidad de atacar, de criticar sin indulgencia, de decir "¡no!", con un verbo clástico, vigoroso, envolvente. Pero las hay también donde se demuestra ser un hombre capaz de defenderse, de jugar algo por alguien con idéntica valentía y pasión, con igual verbo. Con conmovedora nobleza. Como en aquellas crónicas dedicadas a Roberto Huemul y a Jorge Millas. Ellas bastan para que su autor merezca el respeto de tanto irritado detractor.

El volumen trasluce lo que Lafourcade, incluso en sus novelas —aparentemente—

más clínicas y superficiales, siempre ha querido ser: el crítico moralista, la conciencia cívica, a la manera de un Larra festivo. El humorista comprometido en la defensa de los valores. Duende Satírico; Pobrecito Hablador; tábano que hincó el aguijón en el cuerpo de un país; Fígaro que le corta el pelo, tomándose al mismo tiempo, a una sociedad, a una civilización. Pero hay gente que no cree en esta postura lafourcadiana. Sus iras, sus críticas, sus llamados de atención sobre un mundo enfermo, son actividades que brotan de los dientes para afuera. Sin embargo, eso que para muchos no es más que retórica, se deja sentir, conmueve, convence.

Total, una paradoja a la cual tal vez le calce la definición que de sí mismo daba Cocteau: "Soy una mentira que dice siempre la verdad". Carlos Morand ■

☐ Siempre ha querido ser crítico moralista y conciencia cívica, a la manera de un Larra festivo

☐ Le calzaría la autodefinición de Cocteau: "Soy una mentira que dice siempre la verdad"



EPOLLA, 15 noviembre 1983

1924/6-5790

57

Batalla contra el olvido [artículo] Carlos Morand.

Libros y documentos

AUTORÍA

Morand, Carlos, 1936-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1981

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Batalla contra el olvido [artículo] Carlos Morand. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile